

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

REVISTA DE LA QUINCENA

Atentamente invitados por el Excmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, tuvimos, el día 3 de los corrientes, el honor de saludar á los Eminentísimos Cardenales Di Pietro y Sanz y Forés, que se detuvieron un día en esta Capital, en su viaje á la Ciudad Eterna, donde debían recibir el *Capello* Cardenalicio en el Consistorio del día 12, como así se verificó según las últimas noticias. En ese Consistorio fueron creados cinco nuevos Cardenales: 2 franceses, 1 húngaro y 2 italianos. A consecuencia de estas nuevas promociones, el Colegio Cardenalicio consta de 62 miembros, repartidos por su nacionalidad del modo siguiente: italianos, 34; franceses, 7; austriacos, 5; españoles, 4; portugueses, 2; americanos, 2; 1 belga, 1 inglés, 1 irlandés y 1 australiano. Hay, pues, 28 Cardenales no italianos, y 34 de Italia; y como hay dos Cardenales reservados *in petto* desde el Consistorio de 16 de Enero, no quedan más que 6 capelos vacantes, para el *plenum* que es de 70.

La llegada y despido de los dos Cardenales nombrados dió origen á una verdadera manifestación católica de la Capital del Principado. El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, el Excmo. señor Alcalde Constitucional, el Excmo. Cabildo de la Catedral, el Clero Parroquial de la Ciudad y sus afueras, Comisiones de las Congregaciones Religiosas, Representantes de las Asociaciones Católicas y muchísimos particulares, acompañaron en carruaje á Sus Emas. desde la Estación del Norte al Palacio Episcopal, y desde éste á la Estación de Francia, habiendo tenido el honor de ser presentados á los Eminentísimos Purpurados por el Prelado Diocesano.

*
* *

Otra manifestación imponente tuvo lugar en Barcelona el domingo 11 de los corrientes, con motivo del traslado de los restos mortales de D. Ramón Berenguer III el Grande al recientemente restaurado Monasterio de Ripoll. Habían esos venerandos restos descansado en un artístico sarcófago, adosado á los muros del

Claustro del Cenobio ripollense, hasta que la salvajada liberal del año 1835 obligó á los Hijos de S. Benito á abandonar aquella monumental cuna de la independencia de Cataluña; y temiendo don Próspero de Bofarull, que fueran profanados por los bárbaros de la civilización moderna, los recibió en depósito, con las formalidades procedentes, y los custodió en el Archivo de la Corona de Aragón, donde han permanecido hasta nuestros días. Pero restaurado el templo y el Claustro del Monasterio de Ripoll por el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo Morgades, solicitó éste del Gobierno de la Nación la devolución de los restos de Berenguer á su panteón rivipullense, donde durante tantos años habían permanecido; y obtenido el competente permiso, y designado al efecto el día 11 del actual, realizóse la traslación con una solemnidad que dejará imperecedero recuerdo en la memoria de los barceloneses. El Excmo. Sr. Arzobispo Metropolitano y los Obispos de Vich, de la Seo de Urgel y de esta Diócesis, presidieron el tenebro cortejo desde las Casas Consistoriales á la Catedral, y desde ésta á la Estación del Norte, acompañados del Capitán General interino, del Presidente de la Diputación Provincial, del de la Audiencia, Ayuntamiento y Diputación en cuerpo, la Rda. Comunidad de los Santos Justo y Pastor, la Audiencia territorial y el Claustro Universitario. Cuatro cañones del primer Regimiento de Artillería de montaña y cuatro compañías del regimiento de S. Quintín precedían á la urna funeraria, que fué recibida en la Catedral por el M. I. Cabildo.

Al salir de la Catedral la fúnebre comitiva, una salva de nueve cañonazos recordó á los barceloneses que el Gobierno había resuelto se concedieran honores reales á las reliquias del Conde Soberano de Cataluña. Estrujábase la muchedumbre deseosa de contemplar el imponente cortejo, que seguía su itinerario en medio de un respetuoso silencio. Al elemento oficial antes enumerado, se unieron una división de artillería de montaña, el Regimiento n.º 49 de San Quintín, los seminaristas, la capilla de música de la Catedral, el Ilmo. Cabildo, y detrás del féretro, otro piquete de Infantería, representantes de la Nobleza, la Económica de Amigos del País, la Cruz Roja, Sociedades Excursionistas, Ateneo, Consistorio de los Juegos Florales, Lliga de Catalunya, Centro Catalán, Juventud Conservadora, empleados del Ayuntamiento, gremios de carpinteros, de curtidores, estereros, masips de la Ribera, juntas de las obras parroquiales, comisiones de diversas asociaciones, etc., etc. Hicieron los honores militares el Regimiento Borbón, Veteranos de la Libertad, 4.º Regimiento de zapadores minadores, batallones de cazadores de Figueras, Mérida y Alfonso XII, dos compañías del primer batallón de Artillería de plaza, Regimiento infantería de San Quintín, Artillería de Montaña, y el 9.º montado de Artillería. El pueblo barcelonés en masa se asoció á esa manifestación grandiosa é imponente, y los balcones de las calles del tránsito estaban todos engalanados. Cuando la urna cineraria fué colocada

en el vagón que, convertido en capilla ardiente, debía trasladarla á Vich, tuvo lugar el desfile de las tropas, que resultó brillante.

En las estaciones del tránsito esperaban el Clero parroquial y los somatenes de la comarca; para entonar aquél un responso y hacer éste los honores militares al que fué Soberano de Cataluña. A la llegada á Vich de los restos de Berenguer, un inmenso gentío se había reunido en la estación ferroviaria. Organizóse una procesión fúnebre presidida por el Sr. Obispo y Cabildo Catedral, todas las Autoridades civiles, judiciales y militares, y de ella formaron parte las tropas de la guarnición de Vich, los somatenes de 70 pueblos de la montaña, los gremios, sociedades, clero, juntas de obra, y en una palabra, todo lo que en Vich vale algo y tiene alguna representación.

Manifestaciones como las realizadas por Barcelona y Vich en honor de Berenguer III, contribuyen poderosamente á levantar el amor patrio y enardecer el deseo de las grandes empresas. Afortunadamente los catalanistas aficionados á los sueños del separatismo se vieron cohibidos por la grandeza misma del acto que se estaba realizando, y por esto ni una sola nota discordante deslució la manifestación patriótica y de carácter religioso que hemos descrito. La Iglesia y la Patria se adunaron para honrar la memoria del más ilustre de los Condes Soberanos de Barcelona, y por esto el acto realizado el día 11 en Barcelona y en Vich, resultó brillante, correcto, grandioso y edificante.

Al escribir esta reseña no hemos todavía recibido las noticias relativas á la llegada de los restos del grande Berenguer á Ripoll, donde les esperaba un digno y suntuoso recibimiento.

*
* *

El discurso pronunciado por M. Constans en Tolosa ha tenido una resonancia inmensa, no sólo en Francia, sino en todas las naciones de Europa. A los discursos de los Soberanos ó Presidentes de República no concede la prensa la importancia excepcional que ha concedido al pronunciado por un diputado francés que no ocupa puesto alguno oficial en el Gobierno de la vecina República. Los diarios franceses se apresuraron á reproducirlo, llenaron sus columnas con los comentarios que sobre él hicieron, interesaron la opinión pública en pro ó en contra del mismo, y todos le dieron el valor de un verdadero acontecimiento. La prensa alemana, y luego la austríaca, la rusa, la italiana, la belga y la inglesa, se apresuró á reproducir los principales párrafos del famoso discurso, publicó innumerables artículos sobre su alcance político y formuló los más variados vaticinios acerca de la influencia que debe ejercer en los destinos de la Francia. Como quiera, es cierto que el discurso de Tolosa ha hecho de M. Constans el primer personaje político de la Francia contemporánea. Es unánime la opinión de que, á pesar de

las repugnancias de M. Carnot, será en breve M. Constans llamado á formar situación y que, si esto entra en sus cálculos políticos, presidirá las elecciones que deben hacerse á últimos de Agosto.

La parte del discurso que ha llamado tan fuertemente la atención, es aquella que se refiere á la nueva orientación política comunicada por León XIII á la Francia. Mr. Constans reconoce que la República debe dejar de ser anticlerical; reconoce que los nuevos elementos aportados por la iniciativa de León XIII, deben ser benévolamente aceptados; reconoce que es preciso poner fin á los exclusivismos sectarios que desde los tiempos de Gambetta han prevalecido en la dirección política; reconoce que es justo y conveniente é indispensable para la consolidación de la República y para la grandeza de la patria, inaugurar decididamente una política de atracción, de ancha base, de tolerancia religiosa, que dé satisfacción y ofrezca garantías de imparcialidad á todos los franceses honrados y amantes de su religión y de su patria. Ese valor con que Mr. Constans ha roto con Goblet y el radicalismo, aceptando francamente la política de pacificación tan recomendada por León XIII, ha hecho de él el héroe del día, porque le ha acreditado de una clarividencia y de una integridad de carácter que no se hallan en ninguno de los políticos franceses. El pueblo de Francia ha recordado que Mr. Constans, cuando el boulangérismo amenazaba con la dictadura militar, inició una campaña decidida contra esa fracción prepotente y logró vencerla y aniquilarla, demostrando que poseía una previsión y una energía superiores á las de sus compañeros de Gabinete. Háse también recordado que cuando los socialistas y anarquistas trataban de intimidar á la sociedad, y principalmente á las clases conservadoras, con sus manifestaciones de 1.º de Mayo, Mr. Constans comprendió mejor que nadie la verdadera fuerza de ese partido del desorden, y se atrevió á enfrenarlo y abatirlo, haciendo ver que no era tan temible como generalmente se creía. Y viendo ahora los franceses, que ese hombre que ha devuelto la tranquilidad á la Nación, salvando dos crisis pavorosas, vuelve las espaldas al radicalismo de Goblet y Clemenceau, y se despide del oportunismo de Ferry, y arrinconar por inútil á la concentración republicana que durante tres lustros ha dispuesto de la República, viendo, repetimos, que Mr. Constans pide paso para la nueva corriente republicana, promovida por la política pontificia, esperan firmemente que sabrá cerrar el ciclo de los exclusivismos sectarios, abriendo una era de pacificación religiosa y asegurando para la Francia un porvenir lleno de grandeza y de ventura.

La confianza en el hombre entra en mucha parte en esa esperanza de restauración republicana. Pocos días atrás había Monsieur León Say emitido en un discurso ideas semejantes á las vertidas por Mr. Constans, y sin embargo no había logrado interesar tan vivamente la opinión pública.

«La Iglesia católica, ha dicho León Say, es universal, y además se considera eterna; partiendo de estos dos principios, busca ella por todas partes las palpitaciones de la vida, y jamás la vereis ligarse con cosa alguna que presente síntomas de putrefacción. Estas nuestras disensiones y querellas políticas, que á nosotros ahora tanto nos preocupan, no constituyen para la Iglesia católica, allá, desde la altura en que vive, mas que un punto apenas perceptible en el tiempo y en el espacio. No se aliará la Iglesia, no, jamás, á ninguna forma perdurable.

«La Iglesia pertenece lo mismo al Nuevo Mundo que al antiguo; ó más bien, ambos hemisferios son pertenencia de ella. El Pontífice que en estos momentos rige los destinos de esta institución singularísima, no ha de comprometerla seguramente, tratando de que su espíritu venga á animar á una forma mortal; ¿qué digo mortal? muerta ya en el pensamiento de los hombres. No, señores. La Iglesia católica quiere vivir. Ella puede decir á todos los gobiernos que se han sucedido entre nosotros desde la consagración de Clodoveo: yo os he visto pasar; y no hay Gobierno alguno que tenga derecho para decirle á la Iglesia: yo te he visto desaparecer.

«La monarquía no podrá, pues, de aquí en adelante, para confirmar sus derechos políticos, apoyarse en la incontrastable fuerza de la Santa Sede. Tampoco creais que el Sumo Pontífice va á venir á formar en nuestras filas y á ser un republicano más; pero estad seguros de que su política ha de revestir tales caracteres, que muy torpes habríamos de ser nosotros si llegara un momento en que se encontraran en abierta contradicción la Iglesia y la República. No tenemos derecho á exigir otra cosa del Papa y yo, por mi parte, me hallo satisfechísimo de la situación á que hemos llegado. ¿Quién sabe lo que mañana puede suceder?»

Con razón dice el *Moniteur de Rome* que el discurso de León Say es un síntoma que augura brillantes resultados á la política seguida por León XIII con la república francesa.

No ha sido tan explícito el discurso de Tolosa, y sin embargo, los que no vieron en el discurso de León Say el anuncio de la próxima inauguración de una política acomodada á las instrucciones y deseos de León XIII, lo han visto en el de Mr. Constans, ¿porqué? Porque nadie creía que León Say fuera llamado á dirigir las riendas del gobierno, y todos manifiestan la convicción íntima de que Mr. Constans será, á no tardar, el director de la política francesa. Además de que, no es considerado Mr. Say como personaje de bastante iniciativa, carácter y genio, para plantear la política recomendada en su discurso; mientras que en Francia y fuera de ella se cree que Mr. Constans llevaría á feliz éxito el plan político expuesto en su discurso de Tolosa. Y sin embargo, Mr. Constans, al acogerse á la bandera de la conciliación y aproximamiento entregada por León XIII á los católicos franceses, viene de más lejos que Mr. León Say. Ha sido un verdadero sectario; ha sido el brazo derecho de la política anticlerical de Mr. Julio Ferry; ha sido el ejecutor de los célebres decretos contra las libertades de la Iglesia. ¿Puede este hombre inspirar confianza á los nuevos republicanos, secuaces de la política pontificia? Esta discusión sirve de tema actual á muchos de los diarios católicos: nos-

otros no entraremos en ella, pero sí observaremos que el discurso de Tolosa es la demostración más convincente del triunfo de la política pontificia en Francia, sea ó no sincero Mr. Constans en sus afirmaciones, deban ó no los católicos tener en él alguna confianza.

Si Mr. Constans no procede con toda sinceridad, es porque, aún á pesar suyo, reconoce la bondad de la política pontificia. Nadie como él ha tomado el pulso á la opinión dominante en Francia, y por esto, si se acoge al programa recomendado por León XIII, nos suministra una prueba innegable, indiscutible, absoluta, sin contestación posible, de que el Papa ha conocido mejor que nadie el estado de la política francesa. Si Mr. Constans se aprovecha de las instrucciones romanas y á ellas se aproxima con esa deferencia, ó si se quiere, con esa astucia, ¿no demuestra esto que León XIII ha adivinado y comprendido el fondo de la cuestión francesa, teniendo al mismo tiempo el valor de proclamar y de mantener contra todos sus especiales puntos de vista? Quanto más se pondere la segunda intención, el maquiavelismo de Mr. Constans, más se pone de manifiesto la alta previsión de León XIII, quien anticipándose á todos los políticos, á todos los hombres pensadores, vió el único camino de salvación abierto á la vista de la Francia, penetró á través de los partidos políticos que se agitaban en el exterior hasta llegar al alma nacional, y sorprendió allí energías latentes y poderosas, y se resolvió á excitarlas, á desenvolverlas en bien de la Francia y del Catolicismo. El señaló horizontes brillantes, llenos de luz y armonía, más allá de los turbios y agitados horizontes donde, desde la caída de Mac-Mahón, se desarrollaba la política francesa. Y si en un principio nadie asintió á las esperanzas del gran Pontífice, hoy todos las saludan convertidas en hermosas realidades.

*
* *

Continúa la prensa alemana discutiendo el éxito probable que obtendrán los proyectos militares en el nuevo Reichstag, y la mayoría de los periódicos se inclina á que los proyectos naufragarán segunda vez y en la Alta Cámara popular del Imperio. Y como los diarios oficiales y oficiosos continúan defendiendo la necesidad de que esos proyectos sean ley, afirmando que el Emperador y el Gobierno están decididos á no ceder en su empeño, débátese con apasionamiento la conducta que el Gobierno seguirá, dado caso que los votos del Reichstag le sean contrarios. Una segunda disolución de la Cámara es considerada como acto contrario á la Constitución del Imperio, bien que los diarios oficiales creen que no se barrenaría la Constitución federal de la Alemania, con que el Emperador decretara otra vez la disolución del Reichstag. Pero de todas maneras, parece que esa disolución no resolvería la dificultad, por cuanto los electores, ofendidos por la poca consideración hacia

ellos que semejante decreto acusaría, se afirmarían más y más en su actitud contraria á los proyectos del Gobierno.

En reciente carta de Guillermo II al gran Duque de Baden, manifiesta el joven Emperador la confianza que abriga de que el pueblo alemán, atendiendo á las necesidades de su defensa, se pronunciará en favor de los proyectos militares; pero ¿y si sucede lo contrario? ¿Cederá el Emperador? Nadie admite este supuesto. ¿Ape- lará otra vez á consultar la opinión por medio del sufragio? Tam- poco esta hipótesis parece probable. ¿Cuál es, pues, el plan de Guillermo II para el caso de que el nuevo Reichstag deseche los proyectos militares? Esto es lo que todo el mundo inquiere y nadie conoce. De aquí la alarma de la Francia y del resto de Europa.

Todavía no puede predecirse si el Centro proporcionará pocos ó muchos votos á los proyectos del Gobierno. Mr. Lieber, su actual Jefe, se multiplica prodigiosamente y hace esfuerzos supremos para mantener la cohesión del Centro Católico. En su discurso de Colo- nia ha declarado que el Centro debe subsistir, como partido polí- tico, para impedir la renovación del Kurtur-Kampf. Aunque se declara demócrata, alaba y apoya á los Diputados de la Nobleza que tan valientemente saben defender los intereses populares. Pero entre estos Diputados, Mr. Chorlemer-Alst, llamado *rey de los pai- sanos*, ha publicado en Westfalia un manifiesto electoral contra- rio al programa del Centro. El Barón de Huene declara en su ma- nifiesto que él y sus amigos harán política independiente de todo grupo, y combate también el manifiesto del Centro. Los Diputados silesianos declaran que en la cuestión militar votarán con el Go- bierno, aunque seguirán al Centro en las cuestiones religiosas. Esos síntomas de disgregación serán sin duda aprovechados por el Gobierno en favor de sus proyectos militares. Con todo, no es hoy posible fijar la extensión que alcanzará la disidencia entre los Di- putados del antiguo Centro Católico, de los cuales depende en gran parte que el proyecto de leyes militares quede derrotado ó salga triunfante en el Reichstag.

*
* *

La Bélgica, que en las cuestiones político-católicas ha ido, desde medio siglo á esta parte, al frente de todas las naciones europeas, después de haber consignado en la Constitución la plu- ralidad del voto, lo ha declarado constitucionalmente obligatorio. Esta nueva ley constitucional ha sido aprobada por una inmensa mayoría. El triunfo de la política de Mr. Beernaert queda por mucho tiempo asegurado. Obligados los belgas á emitir su voto, ó sus votos, en el colegio del distrito donde están domiciliados, si no quieren incurrir en severas penas constitucionales, verán en la emisión del sufragio electoral, no solamente el ejercicio de un derecho, sino el cumplimiento de un deber, y se dará término al retraimiento de las clases conservadoras, que con él facilitan el

triunfo de las masas revolucionarias. Si en Francia y en España existiera el voto político obligatorio, bien pronto cambiarían de existir estas dos naciones.

UN ACADÉMICO.

ALEGORIA DE LA ACADEMIA CALASANCIA

Tengo yo un amigo (porque á cualquier cosa llamamos amigo) que enseguida que ve ó oye alguna cosa buena, no hace más que decir á los cuatro vientos: «El autor de eso, es pariente mío.» Por lo visto, para este amigo lo más importante que hay en todo lo bueno, es la circunstancia de ser pariente del autor. Yo siempre me reía de tal sujeto, y, lo que es peor, hacia que otros me acompañaran con sus risas y cuchufletas, sin caer en la cuenta de que yo tengo también una debilidad muy parecida, pues cada vez que oigo hablar de algún chico que descuella en literatura, en música ó en cualquiera otra cosa, digo á quien me quiera oír: Para músicos, poetas y artistas, en LA ACADEMIA CALASANCIA. Y me doy tono y me explico la vanidad del amigo de marras.

Yo no lo puedo remediar, los elogios que se tributan á los académicos, se me figura que en algo me tocan á mí, porque soy uno de tantos, y, ya que la gente no me conozca por ser autor de algo mediano, me halaga el que me vean codearme con los que todos admiran y envidiamos muchísimos; y á tal punto llega la ilusión, que todas las veces que en público me decido á echarles *piropos*, siento un si es ó no es de vergüenza, como si me estuviera alabando á mí mismo.

Perdone, pues, mi compañero de Academia, Sr. Soler Forcada, autor de la hermosísima alegoría que acompaña este número y motiva estas líneas, escritas á la carrera, la cortedad de mis elogios, por el motivo indicado, y permita que, más que en alabarle como se merece, emplee el tiempo en hablar de su última obra.

Hasta hace dos ó tres meses no tenía el gusto de conocer más que de vista al Sr. Soler. Admirador suyo desde la última Exposición de Bellas Artes, á donde repetidas veces acudí para contemplar aquel hermoso San Luis, ornamento hoy día de la biblioteca del exímio vate catalán D. Víctor Balaguer en Villanueva y Geltrú, cada vez que veía anunciada ó expuesta alguna nueva obra, llegaba presturoso seguro de encontrar en ella, los rasgos salientes de este autor, y experimentaba satisfacción verdadera cuando coincidían con mis juicios y afirmaciones los consignados en las críticas artísticas de escritores como Miquel y Badia que tantas veces ha animado desde las columnas de *El Diario de Barcelona*, al Sr. Soler Forcada.

En una de las sesiones privadas de nuestra Academia, en este último curso, vi levantarse un joven de aire modesto que con palabra balbuciente y con la sinceridad propias del que carece de pretensiones, ofrecía á LA ACADEMIA CALASANCIA, una alegoría de la misma, prometiendo presentar el boceto en la próxima sesión.

Efectivamente, el boceto fué llevado por su autor que, por suerte mía, resultaba ser el mismo del S. Luís que tanto efecto me había producido en la Exposición de Bellas Artes, y en aquella ocasión y haciendo justicia al boceto, que resultaba acabadísimo, formulé algunas pequeñas indicaciones asegurando á la Academia la posesión de una obra notabilísima y que recordaría siempre el paso de un artista de mérito.

Y no hubo necesidad de más. Para agradecer mis palabras, que eran sinceras é hijas de mi admiración, el Sr. Soler Forcada me prometió avisarme cuando tuviera alguna obra concluida, y con exquisita amabilidad, me ofreció su taller. Y yo que ardía en deseos de visitarlo y que gozo sobremanera manchándome la ropa y las manos con el barro que modelan los artistas, acogí la invitación con cariño, y en caliente, á los dos ó tres días, acudí á su taller de la calle de Balmes, á la casa de los genios, como lo llama un amigo mío, y allí pude revolver á mi sabor aquellos pedazos del alma de un artista que sin orden ni concierto se hallan desparramados por aquel pequeño recinto, que por parecerse en todo al taller de los más inspirados artistas, está muy alto, ¡casi tocando á la gloria!

De allí han salido en el transcurso de muy pocos meses, imágenes preciosísimas, algunas que, como las de S. Paciano y Virgen de los Remedios, son admiradas en nuestra Santa Catedral, y otras, y como la de San Pedro (para mí la más notable de todas), Santa Inés y Santa Rosa son el ornamento más preciado de la iglesia de Montesión, sin contar el famoso Corazón de Jesús hoy existente en Orihuela, y los innumerables trabajos en mármol y madera que forman largo catálogo y que me es imposible citar de memoria. Una pila de agua bendita, obra primorosa, imitación á marfil, y expuesta estos días en el Salón Parés, y el boceto (boceto que me gusta sobre toda ponderación) de la alegoría de la música, son los últimos trabajos que he visto de nuestro distinguido compañero, sin contar la de LA ACADEMIA CALASANCIA, calurosamente encomiada por cuantos tuvieron el gusto de examinarla, hace pocos días, en los escaparates de casa Llibre, y que voy á describir en cuatro palabras, con el temor, empero, de hacerlo muy mal, por no tener á la vista ni siquiera una fotografía y ser muy flaco de memoria.

Forma la alegoría de LA ACADEMIA CALASANCIA—tal como representa el adjunto retrato—un alto relieve en el que están modeladas seis figuras agrupadas de la siguiente manera: Encima

de un airoso pedestal se halla sentada una matrona que levanta con su mano derecha, la bandera de Jesucristo, mientras que con la izquierda sostiene un periódico que lee un niño que se encuentra á su lado. En la parte inferior y á los dos lados del pedestal, descuellan en primer término las figuras de S. José de Calasanz, la de un Académico, la de Sto. Tomás de Aquino y el Papa. San José de Calasanz, apoyado en el báculo, entrega al joven la pluma de oro, que ha de emplear para defender las enseñanzas que ha recibido de sus hijos, y mientras el Académico alarga la mano para cogerla, tiene fija su vista en la «Summa Teológica» que le presenta Sto. Tomás; apareciendo en último término el Papa en actitud de dar su bendición. Cierra toda esta agrupación un elegante marco en el que destaca el escudo de las Escuelas Pías.

Quien conozca los propósitos de la Academia, los móviles de su fundación, el fin que persigue y, en una palabra, el organismo entero que le da vida, no podrá dudar ni un momento que el señor Soler Forcada ha estado acertadísimo al dar vida al ideal de LA ACADEMIA CALASANCIA, y que la obra que ha producido en un momento de inspiración, revela las hermosas condiciones que como á verdadero artista le adornan y el exacto conocimiento que tiene de lo que es nuestra Academia. Su obra, ya juzgada por todos y de la que no he de hablar ni una sola palabra porque no se crea que mis juicios son apasionados, ocupará lugar preferente en nuestra Academia, y ojalá sirviera de estímulo para que otros académicos diesen muestras de su ingenio en obsequio á la misma.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

Barcelona 8 de junio de 1893.

El Corazón de Jesús y la Restauración religiosa.

«¡Cuántas veces, dice un Prelado católico, en medio de las más terribles crisis, y cuando al parecer todo estaba ya perdido, se presentan afortunadas soluciones que nadie prevé! ¿Y por qué no podría suceder ahora lo mismo? De pronto surge una idea; una circunstancia apenas percibida, insignificante en sí, se une á la marcha de los sucesos. Según la sabiduría humana, se cree que esto es nada, y lo es todo: el dedo de Dios está allí; se ha abierto el camino de salvación.» El pensamiento anterior es exactísimo y se ha reproducido innumerables veces en la historia de la Iglesia: no de otra manera aparecen en ella los hechos especialmente providenciales. En nuestra época esa ley histórica ha recibido solemne confirmación con la aparición y desenvolvimiento de la devoción al Corazón de Jesús; devoción que medio siglo atrás se ofrecía como la aspiración poética de algunas al-

mas piadosas, y que hoy simboliza las aspiraciones del Catolicismo y es garantía firmísima de su brillante porvenir en tiempo no lejano. El entusiasmo con que la Iglesia ha acogido esa devoción, el lugar preferente que los católicos le han señalado en sus prácticas y ejercicios cristianos, el sintetizar en nuestros días los votos y las esperanzas de todos los creyentes, el ser la devoción obligada, no ya de los individuos y de las familias, sino la de los pueblos y comarcas, y más aún, la de reinos enteros, y hasta la del cuerpo cristiano presidido por León XIII, bien asaz claramente indica que la Providencia ha suscitado en nuestros tiempos esa devoción prodigiosa, para que ponga punto final á la serie, al parecer interminable, de nuestras desventuras.

Agobiada nuestra sociedad por el diluvio de males que, como lluvia de plomo, caían sobre su frente, no contemplando ni un pedazo azul en el sombrío horizonte de su porvenir pavoroso, triste y apenado por los males de hoy y temblorosa ante la perspectiva de los males de mañana, dirigió sus trémulas miradas al Sagrado Corazón de Jesús, y tal fué la divina correspondencia de ese encendido foco de amor, que luego pudo asegurar el Papa de la Inmaculada que *la Iglesia y la sociedad no tenían más esperanza que el Corazón de Jesús, á quien estaba reservado curar todos nuestros males*. Y el remedio no se hizo esperar. El despertar religioso fué luego un hecho grandioso é indiscutible. La fe renació vigorosa de entre las frías cenizas del indiferentismo religioso. Así el siglo XIX, señalado por los sensualistas como el de la victoria de los sentidos sobre el espíritu, ha visto al espíritu volar á una altura desconocida; y ha visto á millones de almas agruparse al Corazón Divino, para no latir sino al impulso de sus latidos, para no emocionarse sino en la inmensidad de sus emociones. Y la vida católica ha manifestado en esto tal vigor, que ya la actual época no será caracterizada por el sello de la concupiscencia saintsimoniana y de los absurdos proudhonianos, sino por los movimientos ascendentes y espirituales, determinados por las dos trascendentales afirmaciones de la Iglesia, esto es: la pureza Inmaculada del Corazón de María, y la glorificación inagotable del amor del Corazón Sagrado.

La devoción al Corazón de Jesús remonta hasta al año 1674. Vivía en ese tiempo en Paray-le-Monial, Estado de la Borgoña, y en un oscuro Monasterio de la Visitación, una humilde religiosa, llamada Sor Margarita María Alacoque. A esta Religiosa aparecióse Nuestro Señor Jesucristo, el día de la Octava del Corpus, del año citado, y descubriéndola su Corazón, le dijo: «He aquí este Corazón que amó tanto á los hombres, que nada perdonó hasta gastarse y consumirse para manifestarles su amor! y en cambio no recibe de la mayor parte de ellos, sino ingratitudes, desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades que tienen para conmigo en el Sacramento, de Amor. Te pido que el primer

Viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento, sea fiesta particular destinada á honrar mi Corazón. Yo te prometo también que mi Corazón se dilatará, para derramar con abundancia las efusiones de su divino amor sobre cuantos le rindan ese homenaje y procuren que le sea rendido.» Desde esta fecha Santa Margarita María se dedicó á divulgar la devoción al Corazón de Jesús, con la fe, entusiasmo y actividad de un verdadero Apóstol. Insistió en particular cabe el Rey de Francia, Luis XIV, á quien quiso interesar en la propagación y arraigo de esa devoción, prometiéndole, de parte de Jesús, bienes innumerables para sí y para su reino, si se declaraba protector y propalador del culto al Corazón Divino.

Pero estaba demasiado fiero y orgulloso de su poderío Luis XIV, para que fiara el porvenir de su Nación á las promesas de una sencilla monja, Aquel á quien con tanta justicia se llamaba el gran Rey é imponía leyes á toda Europa. Bajo la protección de su cetro, las letras, las ciencias y las artes arrojaban brillantes resplandores. Pero la moral cristiana había sufrido graves menoscabos hasta en el trono, y el Soberano, por medio de 34 años de austera virtud, no podía ya impedir que el vicio invadiese sucesivamente todas las clases de la sociedad. Por otra parte, el jansenismo apagaba en todos los corazones las llamas de la verdadera piedad; el galicanismo relajaba los vínculos que siempre hubieran debido ligar estrechamente á la Hija primogénita de la Iglesia con su madre; y á favor de las discordias religiosas, la incredulidad se deslizaba sigilosamente en medio de la oscuridad y del silencio. Así fué, que Santa Margarita de Alacoque no vió realizados sus proyectos de difundir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Esta devoción no arraigó en aquella sociedad cristiana. Tampoco el beato Pompilio María Pirroti, escolapio que instituyó en el siglo pasado el Mes del Corazón de Jesús, logró ver arraigada esa devoción, que tan popular se ha hecho en nuestros días.

Debía el mundo presenciar los horrores de la Revolución francesa; debía la Filosofía enciclopedista propalar difusamente las sombras de la incredulidad; debían el masonismo y el liberalismo secularizar las principales fuentes de la vida política y social de los pueblos modernos; debía el Catolicismo llegar á las profundidades del abatimiento en que se vió hundido á mediados del presente siglo, desapareciendo de la conciencia pública la esperanza de una restauración moral y religiosa, y coligadas contra Cristo y su Iglesia todas las fuerzas sociales y políticas, las ciencias, las artes, las instituciones, las leyes; á fin de que la salvación de la cristiandad no pudiera ser atribuida á los esfuerzos de los hombres. En esas circunstancias críticas y angustiosas, y cuando los enemigos de la Iglesia se disponían á celebrar los funerales del Catolicismo, un piadoso sacerdote, sin tener acaso conciencia de la misión trascendentalísima que llenaba, reúne

en Issodum, el año 1854, á algunos otros sacerdotes celosos y funda el Instituto de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, proponiéndose difundir la devoción al Corazón Divino. La Iglesia había casi por completo olvidado esa devoción delicada. Pero fué extendiéndose rápidamente y Pío IX aplaudió en 5 de Marzo de 1869 el pensamiento de erigir en Congregación el nuevo Instituto, pronunciando estas memorables palabras: *La Iglesia y la sociedad no tienen más esperanza que en el Sagrado Corazón de Jesús. El curar á todos nuestros males. Propagad en todas partes esa devoción, que ella será la salvación del mundo.*

Al año siguiente, los Misioneros elevaron á Pío IX una solicitud firmada por 50,000 fieles pidiendo la consagración de la Iglesia al Corazón de Jesús. Otra solicitud, acompañada de 1.200,000 firmas fué presentada al Concilio Vaticano, y agregadas las firmas los Cardenales, presidentes de las varias secciones, y además de las de muchísimos Obispos, fué entregada al Papa, que la recibió con agrado, bien que los sucesos de la Puerta Pia y la consiguiente suspensión del Concilio impidieron que por entonces recayera resolución alguna. En 1873 Pío IX manifestó que consagraria la Iglesia Católica al Corazón de Jesús si se le pedía segunda vez en la debida forma. En 1874 elevó á la categoría de Congregación de votos simples el Instituto de los Misioneros, y éstos lograron 42 millones de firmas para la Exposición elevada al Papa en demanda de la consagración de la Iglesia universal al Corazón Divino. Esta consagración se realizó en 1875, y desde entonces se ha desarrollado prodigiosamente la devoción y el culto al Corazón de Jesús, en cuyo honor se han erigido soberbios templos, se han organizado poderosas instituciones benéficas y religiosas, se han celebrado imponentes Congresos católicos, y se ha fundado la obra de los Congresos eucarísticos, precedidos de los ejercicios del mes de Junio.

Paralela al desarrollo de la devoción al Corazón de Jesús, ha sido la reacción católica que se ha operado en todo el mundo, bajo los auspicios y la sabia dirección de León XIII, que ha sabido rodear á la Iglesia de un esplendor y de una grandeza desconocida desde algunos siglos. Las palabras pronunciadas por Pío IX en 1869, y que antes hemos transcrito, tenían en aquel entonces un valor profético: hoy tienen ya un valor histórico, pues los males que afligian á la Iglesia y á la sociedad hallan adecuado remedio gracias á la devoción al Corazón Divino. La previsión humana no podía en 1869 asegurar la rápida restauración religiosa que desde entonces acá se ha realizado: el porvenir parecía asegurado á la impiedad; hoy pertenece al Catolicismo, al Papado, *la única fuerza moral que queda en pie*, según reconoce el mismo Crispi. Al asegurar Pío IX que la devoción al Corazón Sagrado remediaría los males religiosos y sociales, si se arraigaba en el sentimiento y en las prácticas del pueblo católico, nada hacía

presumir que ese cambio saludable estuviera tan próximo, porque los gobiernos, y las ciencias, y las letras, y la prensa periódica, y la diplomacia, y la cátedra, y la riqueza y todos los elementos de acción social eran decididamente adversarios de la Iglesia católica. Mas la rapidez con que el pueblo fiel se acogió al Corazón Sagrado y puso bajo la protección del mismo sus más caros y trascendentales intereses, precipitó el desenlace de imprevistos é improbables acontecimientos, que han dado á la Iglesia la dirección suprema de la sociedad cristiana.

CONRADO.

El jubileo de León XIII y la Romería española.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Tarragona ha publicado, lujosamente editada, una bellísima y muy sentida Pastoral, inculcando á sus Diocesanos el deber de cooperar á la peregrinación española, que, en Octubre próximo, debe partir para Roma, al inaugurarse el segundo periodo de las fiestas jubilares. Su Excelencia Ilustrísima justifica el empeño que los católicos han puesto y deben poner en celebrar el Jubileo Episcopal de León XIII, apelando al sentimiento natural que impulsa á los pueblos, á enaltecer y glorificar á sus grandes hombres, y á conmemorar los acontecimientos más decisivos y culminantes de su historia; corrobora su tesis con la práctica constante de la Iglesia cristiana, que en todos los siglos de su accidentada existencia ha realizado grandiosas y edificantes romerías á los santuarios más venerandos; y pone de manifiesto los bienes inapreciables que de esas peregrinaciones, llevadas á cabo con verdadero espíritu de piedad, pueden sacar los fieles, además del buen ejemplo que dan á sus hermanos en la fe, contribuyendo á levantar el espíritu religioso de los pueblos.

«El orbe católico, dice el virtuoso Prelado, se halla conmovido hoy con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la consagración episcopal de nuestro Santísimo Padre León XIII. Su Santidad es nuestro padre común; y ¿cómo no hemos de alegrarnos nosotros, que somos sus hijos, viendo que Dios con su adorable providencia conserva la preciosa vida de un Pontífice que, encerrado en el Vaticano, arroja cual astro fulgente, torrentes de luz á todas las partes del mundo, disipa las negras nubes del error, y á quien aún las supremas potestades que viven en la herejía ó infidelidad oyen y respetan, reconociendo que es el más alto poder de la tierra? No debemos quedarnos atrás los católicos: las glorias del Pontificado son nuestras glorias, su suerte es nuestra suerte, sus aflicciones deben ser nuestra aflicción, su exaltación forma nuestro mayor ho-

nor, y todo esto ha de ser un motivo para dar gracias á Dios y congratularnos por el beneficio.»

«Nuestra presencia en la ciudad de los Papas es la visita de los hijos á la casa paterna, una gloria para la Santa Sede, una protesta contra la ocupación de Roma, una manifestación de que la ciudad de las siete colinas no puede ser capital de una sola nación, sino de todo el mundo: una enseñanza de que el derecho de gentes debe prevalecer sobre los intereses y conveniencias de un solo pueblo, pues á todos nos asiste derecho de tener fácil comunicación con el Supremo Jerarca de la Iglesia. Hablando también á los sentimientos de vuestro noble corazón, os diremos, que la peregrinación á Roma es un consuelo á nuestro atribulado Padre; y apelando al sentimiento nacional, debemos levantar la voz y manifestaros, que una peregrinación española es una protesta de la hidalguía, caballerosidad, firmeza y valor de un pueblo, que en mil combates ha llevado por enseña la cruz; es la reunión y marcha de un pueblo de cruzados que viene mereciendo del Romano Pontífice el inestimable honor de que se perpetúe en él la Bula de los privilegios, con que eran enriquecidos los que salían de sus hogares para ir á la conquista de la Tierra Santa. Una romería española significa que se presenta y postra á los pies del Vicario de Jesucristo, aquel pueblo que abriéndose paso por mares desconocidos, llenó de alegría á la Iglesia católica por la entrada en su gremio de un nuevo Continente y multitud de islas que estaban esperando la predicación evangélica, como decía Isaías. Baldón de ignominia sería para nuestra España, si esta nación que abatió el poder de la Media Luna, permitiera que le aventajase el Sultán en obsequiar á nuestro Padre.....»

Oportunísimas son las observaciones expuestas por el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Tarragona, y muy pertinentes para impulsar el movimiento del pueblo español hacia Roma. Pero nosotros que podemos hablar con más libertad que el eminente Prelado, hemos de añadir una observación que acaso no sería oportuna en una Pastoral como la que hemos extractado; y es, que si la proyectada peregrinación española no resulta una grandiosa manifestación del catolicismo de nuestro pueblo, quedará puesto en tela de juicio el honor que España se atribuye de ser la nación católica por excelencia. Hasta ahora España ha representado un triste papel en las fiestas jubilares: todos los pueblos católicos han mandado á Roma numerosas peregrinaciones durante el primer período jubilar, y sólo España ha dejado de hallarse convenientemente representada en ese movimiento universal de los pueblos hacia el Vaticano, porque no puede llamarse peregrinación española el grupo de 34 españoles presentados al Papa, el día 4 de mayo, por el Sr. Obispo de Salamanca. Hasta de la Croacia y de la Rumanía, hasta de las apartadas playas del

Río de la Plata, hasta de la Australia han llegado á Roma numerosas romerías de católicos que deseaban prestar á León XIII el homenaje de su piedad filial y de su adhesión incondicionada. Y España, la católica España, ha tenido que diferir hasta octubre su romería nacional, por temor fundado de quedar deslucida y desairada en presencia de las demás naciones!

Pero ya que, para el mejor éxito de la romería, ha sido ésta oficialmente aplazada, empeño grande hemos de poner los españoles todos en que no desdiga de nuestros antecedentes católicos; y puesto que lleguemos tarde á Roma, borremos con la grandiosidad de nuestra peregrinación el recuerdo de su bochornoso aplazamiento. No basta que vayamos á Roma algunos centenares de españoles; nuestro honor de católicos exige que á millares corramos á prosternarnos á los pies del Vicario de Jesucristo. De no hacerlo así, renunciemos al dictado de pueblo católico por excelencia, y retirémonos á llorar los tristes resultados de nuestras bizantinas divisiones. Para que sepamos á qué atenernos en este particular, reparemos en la conducta que han seguido los católicos de otras naciones, á quienes debemos aventajar, si en algo tenemos nuestras tradiciones, en los sentimientos de adhesión á la Santa Sede. Reflexionemos sobre los datos siguientes, relativos á las principales peregrinaciones llegadas á Roma durante el primer período de las fiestas jubilares.

Fecha de la Audiencia Pontificia.	Nacionalidad de los peregrinos.	N.º aproximado de los peregrs
Día 16 febrero.	Grupo 1.º de italianos.	10,000
» 17 »	» 2.º »	7,000
» 21 »	Peregrinación irlandesa.	800
» 26 »	» inglesa.	1,200
Día 8 abril y 25 mayo.	» húngara.	500
» 12 abril.	» de Terciarios franceses	4,000
» 14 »	Polacos de la Galitzia.	800
» 14 »	Austriacos con grupo de alemanes y eslavos..	1,000
» 18 »	Conferencias de San Vicente de Paúl.	800
» 18 »	Obras católicas francesas.	2,500
» 21 »	Belgas.	500
» 26 »	Bohemios.	400
» 29 »	Peregrinos de Metz y Strasbourg.	800
Día 4 mayo	Suizos.	1,000
» 4 »	Alemanes.	1,000
» 21 »	Malteses.	800

Entre los peregrinos acudidos á Roma en los cuatro últimos meses transcurridos, figuran 21 Cardenales, 2 Patriarcas, 28 Arzobispos, 126 Obispos, 35 Superiores Generales de Ordenes religiosos, diversas Diputaciones de Centros docentes, de Casas benéficas, de Asociaciones Católicas, varios individuos de familias reinantes, diplomáticos, políticos, catedráticos, literatos, artistas, y representantes de la prensa, de la nobleza, de la banca y del comercio.

Para que nuestra Romería no desdiga de las anteriores, necesario es que la prensa católica tome á pechos levantar la opinión pública, dando de mano á todos los intereses de partido. No basta que los periódicos católicos consignent las cartas pastorales y los documentos oficiales emanados de las Juntas organizadoras de la peregrinación; es preciso que inculquen á sus leyentes el deber de salir de su apático retraimiento, y de imponerse algún sacrificio, para que la manifestación católica resulte digna de España que la realiza y digna de León XIII á cuya gloria va enderezada. Sobre todo, es indispensable que los periodistas se abstengan de indicar á los lectores de los periódicos políticos, que el partido á que pertenecen es de todo en todo extraño á la romería que se trata de organizar; pues una experiencia triste y dolorosa ha enseñado, que ese proceder del periodismo católico, es considerado como indicación de que los partidarios deben abstenerse de manifestaciones ajenas al ideal de la agrupación política. Claro está que ningún periódico católico ha de publicar frase alguna contraria á los éxitos de la Romería nacional; pero es cierto que si los órganos de las agrupaciones políticas se limitan á dar acogida en sus columnas á los documentos y noticias referentes á la Romería, esa frialdad calculada será considerada por los lectores, como amonestación indirecta de que se abstengan de un acto no promovido ni patrocinado por el partido. Otras romerías han fracasado gracias á ese proceder de la prensa católica. También fracasará la anunciada para octubre, si los periódicos dan á entender que ni el partido carlista, ni el integrista, ni el conservador, tienen interés alguno en que la romería sea esplendente ó quede, por el contrario, reducida á una manifestación insignificante. Y mayor será aún el fracaso, si la prensa católico-política, siguiendo procedimientos otras veces empleados, se empeña en poner de manifiesto que la romería resultaría un acto grandioso, pudiendo contar con las fuerzas católicas del partido, y que debe carecer de verdadera importancia, si le falta ese concurso eficaz y poderoso.

Quiera Dios que todos los periodistas católicos de España se acuerden en esta ocasión de su catolicismo, olvidados por completo de su filiación política. Si no militan en partido alguno, fácil les será poner su pluma á servicio de la causa católica; pero si pertenecen á alguna agrupación política, deben esforzarse en que ésta suministre á la Romería el mayor contingente posible de peregrinos, sin cuidarse de lo que intentarán ó realizarán las otras agrupaciones. Subordinen de una vez el interés político al interés católico, y trabajen con celo y entusiasmo para que la Romería española de octubre corresponda á las gloriosas tradiciones del católico pueblo español y á la actual sinceridad é intensidad de sus sentimientos religiosos. Así merecerán bien de la Iglesia y de la patria.

J. JUBERO.

REVOLUCIÓN Y EVOLUCIÓN SOCIALISTAS.

El socialismo, en sus diversas formas, aumenta prodigiosamente sus adeptos, y se dirige á pasos de gigante á la conquista del porvenir. Fuerte por el número de partidarios, fuerte por su organización y disciplina, fuerte por el entusiasmo con que defiende sus ideales, fuerte por las perspectivas halagüeñas que ante sí contempla, y más fuerte aún, por el temor que inspira á sus naturales adversarios, se promete cambiar en tiempo no lejano las condiciones vitales de la sociedad contemporánea, acomodándolas al bien preferente de los *ofendidos y desheredados*, imponiéndose á las hoy llamadas *clases directoras*, y usufructuando los bienes que otros poseen y á los cuales se cree con derecho imprescriptible é indisputable. Habiendo respirado desde su nacimiento una atmósfera fétida y corrompida; habiéndose nutrido de odios salvajes contra Dios, contra el orden social, contra la propiedad, contra los Gobiernos constituidos; habiéndosele inculcado la idea de que los organismos sociales, religiosos y políticos viven á sus espensas y le explotan inhumanamente y le aborrecen y le detestan y se complacen en su degradación, en sus dolores y en su infortunio; se presentó desde sus primeras exhibiciones públicas con la tea incendiaria en una mano, con la pica demoledora en la otra, con mirada siniestramente amenazadora, blasfemando de Dios, insultando á los poderes sociales y execrando á las clases acomodadas. Activo en su propaganda revolucionaria, infatigable en su empeño de socavar los fundamentos sociales, largo en las promesas de felicidad que hacía á sus afiliados, halagando todas las concupiscencias, estimulando todos los apetitos ruines, fomentando todas las pasiones bastardas, rompiendo todos los frenos morales y religiosos, su programa fué bandera de enganche para todos los descontentos, para todos los mal avenidos con la suerte, para todos los envidiosos y los rencorosos y los delincuentes vulgares y los encenagados en el vicio y en la corrupción.

Contando ya con millones de adeptos, quiso hacer alardes de osadía y de fuerza, y promoviendo huelgas en diferentes regiones, se jactaba de manejar á su arbitrio muchedumbres innumerables que respiraban odios y espectoraban blasfemias y cometían crímenes nefandos. El día 1.º de Mayo fué elegido para hacer ostensible manifestación de su poder formidable, y era de ver como los obreros de las diversas naciones obedecían el santo y seña que se les daba, simulando inmenso ejército cosmopolita, pronto y decidido á asaltar el alcázar de la moderna cultura y entrarlo á saco, y después de degollar á sus felices moradores, repartirse sus tesoros y dilapidar en incesante orgía sus rique-

zas. Catilina amenazaba desde los antros del crimen al Capitolio de la civilización contemporánea. Mas también ahora Cicerón velaba por la patria y Antonio alistaba las legiones del orden. Más prudente el moderno Catilina, no quiso empeñar la lucha. Temió con razón que la suerte de las armas le sería adversa. Renunció á la Revolución sangrienta, para no verse obligado á salir á las llanuras de Módena y sepultar allí los mutilados cadáveres de sus partidarios. Abandonó los conatos de revolución y prefirió el procedimiento evolutivo. Pero al sustituir el Socialismo sus proyectos revolucionarios por su programa de evolución, se había verificado ya una aproximación entre todas las clases conservadoras. Temiendo éstas la catástrofe apocalíptica que llamaba á sus puertas, mancomunaron sus elementos de defensa, y ofrecieron su interesado apoyo á los Gobiernos, y hasta imploraron el concurso de la Iglesia. Esta, ansiosa de evitar la descomunal batalla entre el salvajismo ilustrado y la cultura anémica y habilidosa, que se disponían al combate, predicó á los de abajo la resignación, y la caridad á los de arriba, y á todos la justicia y la moral cristiana. No tuvo esta predicación poca parte en el cambio operado en la táctica socialista, que se decidió por la evolución para lograr con mayor seguridad la realización de sus planes. Los socialistas que prefirieron el puñal, la tea, la pica, la dinamita y la nitro-glicerina, desertaron del socialismo y con el nombre de anarquistas siguen el antiguo programa de violencia, de destrucción, de incendio, de arrasamiento de todos los fundamentos sociales.

La gran masa de los socialistas se han pronunciado por la evolución, y de ella esperan el mejoramiento indefinido de las clases trabajadoras, prometiéndose una nueva organización del capital y del trabajo, que borre las diferencias sociales hoy existentes. En Alemania acuden entusiastas y disciplinados á los comicios y envían al Reichstag una representación cada vez más numerosa y que lucha infatigable por la causa del Socialismo. En Bélgica han reclamado la revisión constitucional, para que se les otorgara el derecho de sufragio, y poder elegir diputados que propongan leyes protectoras de la clase trabajadora. En Inglaterra han hecho aceptar la jornada legal de ocho horas para los mineros, y trabajan para que otros países legislen en ese sentido. En Suiza se reúnen frecuentemente en Asambleas deliberativas, donde se adoptan medidas favorables á las aspiraciones del llamado *cuarto Estado*. Y en todos los países, dando un valor secundario á las formas políticas, proclaman la democracia, piden el sufragio universal, defienden la libertad de imprenta, se acogen al derecho de asociación, y se valen de esas libertades para propagar sus ideales, aumentar sus prosélitos y afianzar su triunfo. Las corrientes democráticas hoy imperantes é irresistibles favorecen á maravilla los planes del Socialismo.

Afortunadamente se sienta en la Silla de S. Pedro un hombre extraordinario, que sobre contar con particular asistencia del cielo, es quien mejor conoce las necesidades de la sociedad contemporánea, sus elementos de vida, sus fuerzas latentes y la índole é intensidad y dirección de las tendencias que en ella se desarrollan. León XIII, viendo que la evolución socialista era incontrastable, y que era resultante de impulsos nobles y justos y de otros impulsos aviesos y damnables, se propuso encauzarla y dirigirla, con grande sorpresa de los políticos y de los hombres conservadores, que entendían era preciso á toda costa detenerla. Fué el primer hombre de Estado que afirmó no ser ni posible ni justo ahogar las aspiraciones del Socialismo. La Encíclica *Rerum Novarum* demostró al mundo entero que León XIII había mejor que nadie comprendido la fuerza, la razón, los defectos y el porvenir del Socialismo, para el cual tiene censuras amargas y reivindicaciones de notoria justicia. Nadie ha defendido mejor el derecho á la propiedad individual, pero nadie ha expuesto con tanta precisión los deberes inherentes á ese derecho. El trabajo es enaltecido en esa Encíclica y considerado como la más pura fuente de riqueza y la causa primera de la propiedad, así para los patronos como para los operarios. El salario debe proporcionar un modo decente y digno de vivir en familia y de atender á las necesidades de ésta y á la manutención y educación de los hijos, sin que éstos se vean precisados á trabajar en la edad primera, y sin que las madres tengan que abandonar los quehaceres domésticos y los deberes de la maternidad, para aumentar con su trabajo el salario del marido. Reconoce las desigualdades sociales, como hijas de la naturaleza, pero predica una mejor distribución de las riquezas, en beneficio del mayor número, condenando el capitalismo que es efecto de la especulación y del agio y no de la actividad y del trabajo. Indica, además, los procedimientos prácticos que deben adoptar las clases trabajadoras para mejorar racionalmente sus condiciones de existencia, y la intervención que debe tener el Estado en la armonización de patronos y de obreros y en la reglamentación del producto y del consumo.

Aunque todas las Encíclicas de León XIII han tenido gran resonancia en el mundo, pero la *Rerum Novarum* logró fijar más que las precedentes la atención de los hombres pensadores y la de los Jefes de los Estados. Se convino universalmente en que el Socialismo formulaba reivindicaciones en favor de los obreros, que debían ser atendidas y satisfechas, contra lo que universalmente habían afirmado las llamadas *clases directoras*. Un movimiento de simpatía hácia el proletariado fué el primer efecto de la Encíclica, la cual fué luego aceptada en todas partes como el programa obligado de la acción Católica. Los obreros depusieron sus odios contra la Iglesia, desde que se persuadieron que

ésta se interesaba por su suerte, y que además poseía eficacia para mejorarla. El arbitraje conferido al Cardenal Manning, para poner término á la huelga famosa de Londres, hizo popular en Inglaterra á la Iglesia católica. El Cardenal Gibbons, arreglando la huelga de los *Caballeros del trabajo*, se convirtió en el pacificador y amigo de los obreros. Mgr. Ketteler ha sido el creador intelectual y promotor del movimiento legal del socialismo alemán. El Episcopado belga, reconociendo y apoyando las reformas que reclama la situación de los obreros, ha vuelto á muchísimos de éstos al redil de la Iglesia. Mgr. Lecot, Arzobispo de Burdeos y candidato al Capelo Cardenalicio, ha desarmado al socialismo francés con su reciente intervención en la huelga de sus diócesanos. El Obispo de Barcelona, con su proyecto presentado al Congreso Católico de Zaragoza; el Obispo de Vich, interviniendo en las diferencias surgidas entre patronos y obreros de su Diócesis, y con sus instrucciones pastorales sobre el capital y el trabajo; el Excmo. Sr. Sáncha, creando en Madrid Círculos de obreros y celebrando en Valencia el Congreso de Patronatos y Círculos católicos de obreros, han contribuido poderosamente á desvanecer los perjuicios de la clase trabajadora contra la Iglesia católica en la Nación española.

De aquí el espectáculo edificante del último Congreso de obreros, reunido en Berna, y que, á propuesta de M. Decurtins, adoptó por programa suyo la Encíclica *Rerum Novarum*. De aquí la grandiosa manifestación obrera, realizada en Bruselas el 28 de Mayo, y que fué presidida por un Cardenal, y que votó la devolución del Poder temporal de los Papas. De aquí que en Alemania, en Bélgica, en Suiza, en Inglaterra, en Austria y en los Estados Unidos, el movimiento reformista de los obreros católicos sea dirigido por el Episcopado y por el Clero. De aquí que esa Dirección de la Iglesia se haya ya iniciado en Francia y en España. De aquí, como consecuencia de todo esto, que disminuya el antagonismo antes existente entre las clases sociales.

Esa intervención directa de la Iglesia en la cuestión obrera, promovida y alentada por León XIII, que con razón es llamado el Papa de los obreros, modifica sustancialmente la evolución socialista, acomodándola á los procedimientos del derecho y de la justicia. Existe ya una poderosa corriente socialista, impulsada y dirigida por la Iglesia, y á la cual se deben una infinidad de Círculos, de Patronatos, de Montes Píos, de Gremios, de Juntas de Arbitraje, de Escuelas de Artes y Oficios; y como ese socialismo católico obtiene resultados prácticos muy beneficiosos para los obreros, ha de contribuir muy eficazmente á reconciliar á la clase obrera con la Iglesia católica, restando individuos del socialismo racionalista y ateo. Y de esa manera, la Iglesia llenará en nuestros tiempos una misión altísima y de suma trascendencia, comparable á la que desempeñó en los comien-

zos de la Edad Media, cuando civilizó á los bárbaros del Norte, fundiendo los elementos bárbaros con los elementos romanos, para organizar la civilización cristiana; pues constituirá sobre nuevas bases el organismo social, sin atenerse á las aspiraciones del Socialismo, ni á los egoismos de la burguesía, sino fundiendo los derechos de socialistas y de burgueses en el crisol de la justicia al encendido soplo de la caridad evangélica.

J. ABRIL.

Consagración de la propiedad y del capital al Corazón de Jesús.

Los propietarios católicos de Francia han llevado á cabo el día 14 una solemne y conmovedora manifestación en Montmartre.

Ante la grandiosa basilica levantada al Corazón de Jesús, el conde de Caulericrourt, de rodillas y con una vela en la mano, ha leído, en representación de los capitalistas y fabricantes franceses, muchos de ellos allí presentes, la siguiente hermosa consagración, que traducimos íntegra, para que los españoles la admiren y la imiten:

«Corazón adorable de Jesús, viviente en el Sacramento de vuestro amor por los hombres, nosotros nos prosternamos ante vuestra Soberana Majestad, y en presencia de la Santísima Virgen, Nuestra Señora de los Campos, Nuestra Señora del trabajo, de las fábricas y del taller; en presencia de San José, Patrono de las familias; de San Miguel, vengador de los derechos de Dios; de San Remigio, que ha bautizado á la Francia, y de los santos Patronos de nuestro país, venimos á vuestro santuario de Montmartre en nombre del pueblo cristiano que obtiene sus subsistencias y sus riquezas de la agricultura y de las diversas industrias á las que los frutos de aquélla han dado origen, para hacer un acto de humilde contrición de nuestras faltas y prometeros una entera y absoluta fidelidad.

«Nosotros reconocemos y proclamamos vuestros derechos soberanos sobre todo el mundo. Vos reinareis siempre en nuestra inteligencia, en nuestras voluntades, en todas las potencias de nuestras almas y en todas las fuerzas de nuestros cuerpos. Todos los instantes de nuestra vida serán empleados conforme á vuestros divinos mandatos.

«Nosotros reconocemos y proclamamos vuestra autoridad soberana sobre nuestras familias. Trabajaremos con todo nuestro poder para establecer vuestro reino, á fin de que los miembros que la componen hagan de vuestros ejemplos y de vuestras lecciones la regla de su conducta, de vuestro amor el lazo de su unión y de vuestra imagen expuesta y honrada la salvaguardia del hogar doméstico.

»Reconocemos y proclamamos vuestros derechos sobre todos los bienes que nos habeis concedido. Vuestros son, Señor, y nosotros seremos vuestros fieles administradores. La tierra y las casas que poseemos, los campos y las viñas que cultivamos, los animales que empleamos, los bosques y las minas que explotamos, los capitales cuya propiedad bajo diversas formas os habeis dignado otorgarnos, queremos que sirvan para vuestra gloria, para la dirección cristiana de los seres que nos están sometidos, para el cumplimiento de nuestros deberes de justicia y de caridad hacia aquellos que nos están ligados por contratos, para el ejercicio de las obras de misericordia, y para la satisfacción de nuestras propias necesidades.

»¡Que podamos establecer vuestro reinado absoluto sobre la sociedad entera, de la cual Vos sois dueño y señor! ¡Que á lo menos en el círculo donde obra nuestra influencia se vea vuestro nombre reverenciado, y el santo día del domingo respetado. ¡Queremos que la práctica de vuestros preceptos divinos sea prescrita; que el bien sea estimulado y el mal reprimido y castigado!

»¡Cuidad, Vos mismo, Corazón adorable, de velar porque se realicen estos votos que tenemos el honor de hacer en vuestra presencia! ¡Cuidad de otorgarnos la eterna recompensa, si por vuestra gracia permanecemos fieles!»

Y todos contestaron:

«Así sea!»

Nosotros no hacemos ningún comentario, porque todo sería pálido y pobre ante tan cristiano documento; léanle nuestros lectores y vuélvanle á leer y allí encontrarán cuanto su alma católica puede apetecer, el rico como rico y el pobre como pobre.

¡Qué contraste tan elocuente entre los que contritos y humillados se prosternan ante el Corazón deífico de Jesús en Montmartre, y los que en los antros misteriosos se congregan y confabulan para esquilmar al pobre y al incauto con mentidas falaces promesas de riquezas materiales, como las del Canal del Panamá!

LA POESÍA CONTEMPORÁNEA

Se ha repetido muchas veces que el incremento maravilloso de la ciencia experimental, gloria imperecedera del mundo contemporáneo, viene á marchitar las flores de la poesía, disipando las hechiceras vaguedades de la ilusión y cubriendo la vida con el frío sudario de la regularidad monótona y el desengaño cruel. La acusación es injusta, y dimana de que se confunde lastimo-

samente la verdad científica con las hipótesis arbitrarias que le usurpan su nombre y puesto; de que la arena frágil de unos pocos hechos aislados se tiene por fundamento sólido de esas construcciones lóbregas y mezquinas que erige la negación y de las que está sistemáticamente excluido todo concepto espiritual y suprasensible.

La verdad no es enemiga, sino hermana de la belleza; y el arte no necesita, para florecer, de alianzas con el error y la mentira, ni pierde nada con los descubrimientos legítimos, antes si les debe la dilatación de sus horizontes y fronteras. Con los panoramas inmensos que ofrecen el telescopio en la creación sideral y el microscopio en la molécula aparentemente indivisible, con las aplicaciones asombrosas de la mecánica y la electricidad, con los secretos que han arrancado á las entrañas de la tierra la geología y la paleontología, con la incalculable suma de conocimientos empíricos que debe el saber humano á la actividad del siglo XIX, se va agigantando á nuestros ojos la realidad á la vez que se abrillanta su hermosura, muy superior á la de cuantos mitos y ficciones soñó el genio de otras edades.

Pero en el árbol espléndido de nuestra civilización se enrosca la serpiente del escepticismo, al cual debe imputarse la decadencia del ideal, del sentimiento y de la poesía, porque á todos ellos los ataca en su raíz al matar las creencias, germen de la inspiración en el individuo y del entusiasmo en las colectividades. Cuando éstas custodian el fuego sagrado que se retira sólo de un exiguo grupo de inteligencias aisladas, podrá el verbo poético debilitarse en intensidad, pero siempre encuentra almas que lo reciben, devuelven y refuerzan como eco vivo y resonante. Si no las encuentra, si se pierde en el vacío de la indiferencia y del marasmo, entonces..... aún no se dirá con razón que ha desaparecido la poesía, porque es inmortal, pero sí que pasa por una crisis muy laboriosa y profunda.

Así entiendo yo que acontece en los tiempos actuales, por la generalización de cierta cultura media y superficial que induce á no creer, ni sentir, ni apasionarse de veras, y á buscar un refugio en el egoísmo ante la vertiginosa rapidez con que todo cambia. Al fraccionarse los intereses y las aspiraciones comunes, al perder su prestigio los grandes nombres de fe, moral, conciencia, sacrificio y amor desinteresado, no por las conquistas del saber, sino por el influjo de un ambiente en cuya formación toman parte muchas y muy complejas causas, se ha hecho imposible la gran poesía que conmueve á un pueblo ó á la humanidad entera; y hasta aquel género sublimado en nuestro siglo por Byron, Leopardi, Musset y otros, parece que ya no encierra la virtualidad y el atractivo que antes, ó porque se haya gastado con el uso, ó por las modificaciones de la sociedad.

Hoy los poetas, cuando no se deciden á encerrarse en abso-

luto silencio, cantan por lo común para un número de personas relativamente corto, forman cenáculos de elegidos, cuyo umbral nadie traspasa sin la iniciación previa, y tal vez se desentiendan del fondo para consagrar á la forma todos sus prolijos cuidados de miniaturistas.

El remedio á la situación que en brevísimos rasgos queda bosquejada, ha de buscarse, por consiguiente, en el público más bien que en los artistas, pues mientras á aquél no estimulen el hambre y la sed de la belleza, faltará á éstos una condición sin la cual difícilmente se producen obras acabadas y perdurables.

F. B. G.

Por referirse á uno de los más decididos Protectores de nuestra Revista, insertamos á continuación la poética felicitación que los alumnos de las Escuelas Pías de Puerto-Príncipe dirigieron al P. Colomer, al regresar á aquel Colegio después de haber pasado algunos meses en la Península.

AL RDO. P. RECTOR

de las Escuelas Pías, Don Juan Colomer, con motivo de su regreso al Camagüey.

Bendito sea Dios ¡loor al Cielo!
por la merced divina
de ver cumplimentado nuestro anhelo.
El ave peregrina,
que dulces trinos de afección modula,
y triste y cariñosa
la vuelta espera de la tarde hermosa
que un iris bello de fulgor azula;
no siente, no, lo que los pechos tiernos
de los alumnos de la Escuela Pía
que por tí han suspirado noche y día,
oh Padre inolvidable!
Y al verte entre nosotros,
con júbilo inefable
por tal favor al cielo bendecimos
y gracias mil por ello le rendimos.
Oh ¡cuánto deseamos
tu vuelta; Padre amado!
más de un alma afligida te ha llorado,
y más de un labio suplicó al Eterno
que te volviese luego
entre aquellos que tienen para amarte
un corazón de fuego
y un lazo de amistad en que estrecharte.
No te han faltado nuestras oraciones,
ni la amistad sincera

que brota de los tiernos corazones
como la linda flor, de los botones,
al exhalar la hermosa primavera.
¡Gloria á Dios! y que el cielo te bendiga!
El Camagüey festivo hoy te saluda
cual la dorada espiga
que al sol inclina sus aristas bellas
en medio de suspiros y querellas.
Vive, vive tranquilo entre nosotros;
que si pesares te ofreciera el mundo
con saña siempre indigna,
y el malestar profundo
que causa el mal á la virtud más digna;
no faltan, sin embargo, pechos nobles
que más de alguna vez por tí suspiran,
te quieren y te abrazan y te admiran.

Los Alumnos de las Escuelas Pías

Puerto Príncipe 17 Abril de 1893.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

XIV.

Mi querido Conrado: Ya presumía que habías de salirme con que mi anterior carta era demasiado abstrusa, y que hubieras preferido ver tratada esa cuestión de la libertad en sus relaciones con la moral evangélica, de una manera más práctica y sin aparato de filosofías, que de poco ó de nada sirven para dilucidar esas materias, según tú opinas. No acoto contigo en esto de la inutilidad de la filosofía, al tratar de poner en claro los resortes que mueven á la libertad humana en sus determinaciones. Creo, sin embargo, que puede tratarse ésta materia por manera menos especulativa, y voy á intentarlo, ya para complacerte á tí, ya para ver si puedo traducir más adecuadamente mi pensamiento. Considerado esto de un modo sintético, puede formularse en estos términos: la severidad de la moral evangélica tiene por objeto mejorar las condiciones en que funciona la libertad humana, á fin de que el hombre pueda más fácilmente seguir los impulsos de la gracia.

Como preliminar indispensable, fijate bien en la noción de la voluntad, que no es sino la inclinación natural al bien racionalmente conocido, ó como decían los escolásticos, es el apetito racional, ó la inclinación que hay en el alma hacia lo que la inteligencia le presenta como bueno. Esa inclinación no es irresistible: está regulada por la libertad, esto es, por la facultad que el hom-

bre posee de disponer de sus energías psíquicas. Conocido el bien, el hombre naturalmente lo apetece; ahí tienes la voluntad. Pero al apeterlo, puede ir en busca del mismo, puede no moverse hacia él, puede desentenderse, desdeñándolo; ahí tienes la libertad.

Pero en la práctica, donde tú quieres que coloque la cuestión, el ejercicio de la libertad no es tan espontáneo y expedito, como pudiera parecerte. Y es que al entendimiento pueden presentársele simultáneamente varios bienes asequibles, unos más excelentes que otros, y hasta ocurrirá que sean opuestos é incompatibles. Con inclinarnos á esos bienes conocidos, la voluntad ha llenado su misión; pero la libertad debe escoger entre ellos, fijando la preferencia de la voluntad. Y esto es lo difícil y arduo. Porque en cada caso particular debería la libertad decidirse por el bien más acomodado á la naturaleza racional del hombre y á sus inmortales destinos, y no siempre el entendimiento presenta un bien concreto con los caracteres que deben darle la preferencia, y aún presentándolo de esa manera, no siempre la voluntad se halla dispuesta á aceptar los sacrificios que la elección de tal bien implica, sea por pura apatía, sea por hábitos contrarios contraidos, sea por hallarse fuertemente atraída por otro bien de muy distinta naturaleza. Conoce entonces el hombre la elección que del bien ha de hacer su libertad, pero en lugar de elegir y resolverse por el bien más excelente, elige y resuelve y propone á la voluntad el bien más agradable. Comete un abuso de su libertad, por no contrariarse, por no mortificarse, por no renunciar á una complacencia que se le brinda, por no imponerse un sacrificio que le contraría.

Si los varios bienes que el entendimiento ofrece á la voluntad, aunque de diferente importancia, pertenecieran todos al orden espiritual, quedaría sobremanera facilitada la función de la libertad, pues ésta, no habiendo error en la inteligencia, bien puede afirmarse que, en general, optaría por el bien más excelente, el cual sería sin repugnancia por la voluntad seguido y abrazado. Pero es el caso, que frente á un bien espiritual, puede el entendimiento percibir un bien del orden sensible, opuesto de todo en todo al primero; y cuando así sucede, y por desgracia sucede frecuentemente, la libertad ya no impera con soberanía indisputable sobre la determinación de la voluntad. Aquí es donde se reconoce y se siente el estrago que la prevaricación primera causó en la naturaleza humana, antes tan armónica y tan bien equilibrada, y ahora tan incoherente y tan levantisca. Un factor nuevo, pero poderoso, avasallador, insaciable é impetuoso, no conocido en el Paraíso mientras duró el estado de inocencia, viene á perturbar el ejercicio de la libertad, demandando la primacía en las determinaciones humanas. Llamémosle apetito concupiscente. Nos atrae al bien sensible, como la voluntad nos lla-

ma al bien racional. Introduce en nuestra naturaleza una tendencia contraria á la tendencia espiritual. Establece en nuestro individuo un verdadero dualismo, un antagonismo perturbador. En nuestros primeros Padres, antes del pecado, no tenía la fuerza y energía que tiene en nosotros: era una tendencia suave hacia el bien sensible, como la voluntad era tendencia hacia el bien racional, y entre ambas tendencias se levantaba la libertad para decidir la más conveniente. La decisión por el bien espiritual se verificaba sin protestas ni resistencias del apetito concupiscente, y por esto la libertad funcionaba sin verse cohibida en lo más mínimo. Pero en nuestro estado de naturaleza caída y degradada, esa tendencia hacia el bien sensible, sea real, sea aparente, es más enérgica, más arrebatadora, que la que impulsa la voluntad hacia el bien racional, y de aquí resulta que no puede la libertad moverse con igual indiferencia hacia el bien espiritual y hacia el bien sensible, ya que las tendencias hacia este último prevalecen sobre las tendencias racionales; son más fuertes, más absorbentes, más avasalladoras.

Y ese predominio del apetito concupiscente, determinando una tendencia natural, una aproximación á los bienes sensibles, fija en ellos la atención del entendimiento, distrayéndolo de la contemplación del bien espiritual, al cual sólo mira ya de soslayo, tal vez hasta perderlo completamente de vista. Y con esa distracción del entendimiento remite la indicación de la voluntad al bien espiritual, mientras la contemplación clara y perspicua del bien sensible y la mayor tendencia al mismo, ganan á su causa la elección de la libertad. Usando de ésta, puede el hombre decidirse por el bien moral, desentendiéndose de las exigencias del apetito sensitivo; pero, dejado *en manos de su propio consejo*, y sin la cooperación de la gracia, caerá del lado á que se inclina, obedecerá á la tendencia más enérgica, cederá al impulso más vigoroso.

Supongamos, para mayor claridad, tres sujetos que apetecen un mismo bien sensible, no conforme con la ley moral que llevan grabada en su conciencia, y que el primero tiende á él y procura lograrlo, desatendiendo al bien moral por impertinente y gravoso; que el segundo, al sentirse inclinado á ese bien sensible, se contiene en su deseo de lograrlo, advertido por la conciencia que le pone delante la ley moral prohibitiva, y quedando indeciso por no renunciar á su apetito y no faltar á su deber; y por último, que el tercero, á la vista de lo que halaga sus concupiscencias, se vuelve hacia el orden moral, renunciando á la complacencia sensible, por cumplir con sus deberes. Ese primer hombre que sigue sus inclinaciones pecaminosas, es, sin embargo, responsable de sus actos, pues al satisfacerlas, piensa, juzga, combina, obra racionalmente dentro de su tendencia animal; pero el hombre superior se mueve impulsado por el hombre infe-

rior, abdicando su dignidad, hollando sus destinos, é introduciendo en su naturaleza un desorden bochornoso que le degrada y embrutece. El hombre segundo, que ni cede al apetito ni secunda el dictamen de la conciencia, vacilando entre los halagos de aquél y las prescripciones de éstos, aunque no obra lo bastante racionalmente, tampoco abdica ante las imposiciones del hombre animal, y permanece dueño de sus determinaciones. El hombre tercero, subordina su parte inferior concupiscente á su parte superior y directora.

No hay inconveniente en admitir que los tres hombres de nuestro supuesto, se sintieran en un principio igualmente atraídos hacia el bien sensible. El segundo, al experimentar el aliciente de la concupiscencia, antes de ceder, se aplicó á considerar el orden moral, oyendo la voz de su conciencia; y teniendo á la vista el bien sensible y el bien racional, y no aplicando su atención y su voluntad á ninguno de ellos exclusivamente, por no querer renunciar ni al uno ni al otro, se halla solicitado en dos sentidos opuestos, tendiendo la voluntad hacia el bien moral, y la concupiscencia hacia el bien sensible. Compréndese que ese estado psicológico es por su naturaleza transitorio y violento, y que á no tardar triunfará una de las dos tendencias, poniendo fin á la indecisión. O caerá en la degradación de nuestro primer hombre, ó se elevará á la dignidad del tercero: elegirá uno de los estados, dando preferencia á uno de los bienes opuestos que le solicitan. ¿Cuál será su determinación? Si Dios llega en su auxilio iluminándole el entendimiento para que vea el bien moral y el sensible en su respectiva importancia, reconociendo la superioridad del moral, y al mismo tiempo le atrae hacia sí con su influjo misterioso; la determinación que adoptará será la conforme al orden moral, porque el entendimiento, fijado en éste, se distraerá del bien sensible, y la ascensión de la voluntad hacia Dios, abatirá la tendencia concupiscente, y habrá desaparecido toda vacilación, no quedando ante la voluntad más que un bien aceptable. Pero si en aquel estado de indecisión queda el hombre abandonado á sí solo, seguirá indudablemente sus tendencias animales y pecaminosas, porque lo sensible es visto con más claridad, y la inclinación hacia los bienes de ese orden, es más enérgica y arrastradora, y muy pronto el entendimiento se distraerá del bien moral y la voluntad dejará de apetecerlo, y prevalecerá el hombre animal y degradado sobre el hombre espiritual y cuidadoso de sus destinos.

Es, pues, sumamente interesante y decisivo ese momento psicológico en que frecuentemente se halla constituido el hombre, cuando es solicitado por la conciencia en un sentido y por la concupiscencia en sentido opuesto. Libre es de decidirse por la una ó por la otra, y de esa decisión depende el fin de su creación. ¿Cómo aseguraremos el buen uso de nuestra libertad, puesto que

hemos visto que, abandonados á nuestra flaqueza, lo regular es que nos decidamos á dar satisfacción á nuestros apetitos inferiores? Dos medios nos recomendó Jesucristo con notable insistencia, y él mismo quiso practicarlos, para que los recibiéramos más recomendados: la oración y la mortificación interna y externa, que vienen á ser como la síntesis de toda la moral evangélica. Esas dos prácticas son los dos auxiliares más eficaces de nuestra libertad, para que adopte el bien moral con preferencia al bien sensible. Por la oración, además de asegurar la cooperación de la gracia, que ya hemos visto era imprescindible, el entendimiento ve con claridad inusitada el bien moral, que se le presenta superior á los bienes sensibles, infinitamente más excelente y más ventajoso que éstos; y por esto, cuando llega aquel estado psicológico de vacilación, no es fácil que esa luz vivísima quede eclipsada por los vacilantes fulgores que chispean al choque de los apetitos concupiscentes. Y si el entendimiento no pierde de vista el orden moral, tampoco la voluntad se siente enflaquecida por las tendencias preponderantes de la concupiscencia animal, si la mortificación interna y externa reprime de continuo y contraria incesantemente esas tendencias perturbadoras, que así menguan en energía, y acaban por no inclinarnos con tanta intensidad como la voluntad nos inclina. El hombre de oración y de mortificación es libérrimo en escoger el bien moral, porque lo ve con claridad y lo apetece con espontaneidad expansiva. Así es como la moral evangélica viene en auxilio de nuestra libertad enferma y debilitada desde la prevaricación adamítica.

No es esto asegurar que el hombre de oración y de mortificación, al verse atraído por un bien moral y por un placer sensible opuesto á aquél, deba indefectiblemente escoger el bien propio de su naturaleza racional, porque aún así, puede por tal manera verse asallado por el aliciente del placer vedado, que su entendimiento experimente eclipses, y su voluntad sufra desmayos, y corra ciego tras sus concupiscencias; pero, bien puedo asegurarte, querido Conrado, que satisfecho el apetito y acallada la pasión, el entendimiento recobrará su visión clara del bien moral, y protestará al punto su conciencia burlada, y reaccionará su voluntad vencida, y no se resignará á vivir como hombre sensible y animal, optando por la vida espiritual que sabe ha de satisfacerle mejor y dignificarle. Y si no deja la oración y si prosigue amando la mortificación, aquella caída será un paréntesis en sus prácticas morales y un accidente en sus costumbres virtuosas. Porque la gracia auxiliará indefectiblemente su libertad, haciendo más visible el bien moral al entendimiento y vigorizando la voluntad por la presencia sentida de Dios que se acerca á quien de veras le llama y le busca. Queda intacta la libertad de elegir, pero se halla en condiciones mejores para elegir el bien espiritual que está más presente al entendimiento y que es más

apetecido por la voluntad. La gracia auxilia las operaciones del que ora y se mortifica, favoreciendo el buen uso de la libertad, porque aumenta las luces que la oración comunica al entendimiento, y robustece las aspiraciones que la voluntad adquiere por medio de la mortificación de las concupiscencias.

Aún no orando ni mortificándonos no nos abandona del todo la gracia divina, ya que nuestro Salvador Divino quiso é impetró del Eterno Padre, que todos y cada uno de los hombres pudieran, en cualesquiera circunstancias de la vida, asegurar sus eternos destinos, y á este objeto les mereció, con su Pasión y Muerte, las gracias suficientes, de tal manera que nunca el entendimiento quedara tan ofuscado ni tan debilitada la voluntad, que no pudieran asegurar el logro de su fin eterno. Pero la verdad es que esa gracia ordinaria y suficiente, no es aprovechada por el hombre que no ora ni quiere darse á la mortificación, porque éste reputa más cómodo y halagüeño vivir según sus torcidas inclinaciones. Sólo una gracia extraordinaria podría levantarlo hasta el orden espiritual que desconoce ó desprecia. San Pablo recibió esa gracia especialísima en el camino de Damasco; pero siendo un don singular de Dios, no podemos contar con ella, como si de derecho se nos debiera. Sólo tenemos derecho, y éste concedido voluntariamente por nuestro Redentor, al goce de las gracias suficientes para vivir dentro del plan divino y alcanzar el fin de nuestra existencia. Nadie se condena si no quiere condenarse.

Es pues la gracia ordinaria un *auxiliar necesario* de nuestra libertad en la tarea de nuestra salvación. No siendo más que auxiliar de la libertad, que permanece intacta é inviolable, quedamos dueños de nuestros actos y responsables de nuestras determinaciones. Pero como sin ella seguiríamos nuestro *réprobo sentirlo*, nada podemos atribuirnos á nosotros mismos en el orden espiritual, y por eso la he llamado necesaria.

Esta gracia ordinaria, auxiliar de la libertad del hombre, difiere sustancialmente de aquella otra gracia que llamé, en lenguaje teológico, gracia santificante, y que te dije que consistía en la vida divino-humana de Cristo, comunicada á los redimidos por medio de los Sacramentos. La gracia ordinaria nos dispone para el logro de la santificante, y si poseemos ésta, nos ayuda para conservarla, y manteniéndolos en ella, nos vigoriza para acrecentarla, de modo que sin ella ó no ascenderíamos á la vida sobrenatural ó luego la perderíamos irremisiblemente. Mas aunque te he dicho que la gracia santificante se nos comunica por medio de los Sacramentos, puede, sin embargo, esa gracia auxiliar ser tan intensa y eficaz, que de tal manera nos vuelva á Dios y nos desprenda de las criaturas, y aún de nosotros mismos, comunicándonos á la vez tanta contrición de nuestras transgresiones, que por ella quedemos justificados y en posesión de la

gracia santificante, aún antes de llenar el deber de recibir los Sacramentos.

Fácilmente comprenderás, querido Conrado, que el hombre caído y debilitado por la culpa original, tiene muchísima mayor necesidad de la gracia auxiliar que el hombre inocente y paradisiaco. A éste las concupiscencias no le ofuscaban, como á nosotros, el entendimiento ni le debilitaban la voluntad, y tenía, por ende, mayor facilidad para atenerse al cumplimiento de sus deberes. Pero nosotros debemos refrenar y combatir esas concupiscencias, que nos distraen la inteligencia del bien moral, y que nos inclinan enérgicamente á los placeres sensibles; y de aquí la necesidad de la oración y de la meditación y de los auxilios de la gracia, si no queremos que nuestra libertad se despeñe siempre hacia los abismos del pecado. Es verdad que se nos impone una moral que exige continuados sacrificios del amor propio y de la sensualidad; pero en cambio podemos siempre contar con la cooperación de la gracia, que nos facilita el logro de nuestras aspiraciones, pudiendo cada uno de nosotros decir con San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat*.

Yo no sé si es más exacto decir que la gracia coopera á nuestra salvación, ó que nosotros cooperamos á la acción de la gracia. Lo cierto es que debemos aplicar la moral evangélica, para asegurar el alcance de nuestros destinos, como si todo dependiera exclusivamente de nuestros esfuerzos personales; y que de tal manera debemos pedir á Dios los auxilios de su gracia, como si todo nuestro bien espiritual se nos hubiera de otorgar *graciosamente*. *Sine me, nihil potestis facere*, nos dijo terminantemente nuestro Redentor divino; pero también nos aseguró que si no tenemos abnegación propia y no nos abrazamos á la cruz, no podemos ir en pos de El y seguirle. La salvación ha de ser obra de Cristo y también obra nuestra: la gracia representa la parte que Cristo toma en ella; la moral evangélica representa el esfuerzo personal con que debemos contribuir nosotros. Así como sería empeño vano querer salvarse sin los auxilios de la gracia merecida por Jesucristo; así también, vano sería el empeño de querer salvarse sin la práctica de la moral evangélica. Y esta moral y aquella gracia son imprescindibles para asegurar el ejercicio saludable de nuestra libertad, que sin ellas nos precipitaria en la sima cenagosa de los deleites sensuales, embruteciéndonos como si careciéramos de razón y de inmortales destinos.

Ya demasiada extensa esta carta, me despido de tí hasta la inmediata, y me repito tu más adicto y sincero a. y s. s. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 12 de Junio de 1893.

